

PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

CAPÍTULO I.

Que trata de la condicion y exercicio del famoso hidalgo Don Quixote de la Mancha.

En un Lugar de la Mancha , de cuyo nombre no quiero acordarme , no ha mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero , adarga antigua , rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero , salpicon las mas noches , duelos y quebrantos los sábados , lantejas los viérnes , algún palomino de añadidura los domingos consumian las tres partes de su hacienda. El resto della concluian sayo de velarte , calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mesmo , y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo mas fino. Tenia en su casa una Ama que pasa-

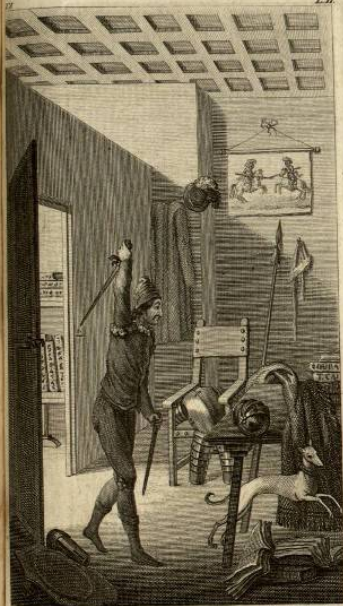
ba de los quarenta , y una Sobrina que no llegaba á los veinte , y un mozo de campo y plaza , que así ensillaba el rocin como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexion recia , seco de carnes , enxuto de rostro , gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir , que tenia el sobrenombre de Quixada , ó Quesada ; (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben) aunque por conjeturas verosímiles se dexa entender , que se llamaba Quixana. Pero esto importa poco á nuestro cuento : basta que en la narracion dél no se salga un punto de la verdad. Es pues de saber , que este sobredicho hidalgo , los ratos que estaba ocioso , (que eran los mas del año) se daba á leer libros de caballerias con tanta aficion y gusto , que olvidó casi de todo punto el exercicio de la caza , y aun la administracion de su hacienda : y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto , que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura , para comprar libros de caballerias en que leer : y así llevó á su casa todos quantos pudo haber dellos : y de todos ningunos le parecian tan bien , como los que compuso el famoso Feliciano de Silva:

porque la claridad de su prosa , y aquellas enricadas razones suyas le parecian de perlas : y mas quando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafios , donde en muchas partes hallaba escrito : *la razon de la sinrazon que á mi razon se hace , de tal manera mi razon enflaquece , que con razon me quejo de la vuestra fermosura.* Y también quando leia : *los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican , y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.* Con estas y semejantes razones perdia el pobre caballero el juicio , y desvelábase por entenderlas , y desentrañarles el sentido , que no se lo sacara , ni las entendiera el mesmo Aristóteles , si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que Don Belianis daba , y recibia , porque se imaginaba , que por grandes maestros que le hubiesen curado , no dexaria de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero con todo alababa en su autor : aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura , y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma , y dalle fin al pie de la letra como allí se promete : y sin duda alguna lo hiciera , y aun saliera

con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el Cura de su Lugar, (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre qual habia sido mejor caballero, Palmerin de Inglaterra, ó Amadis de Gaula: mas Maese Nicolas, barbero del mesmo pueblo, decia que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podia comparar, era Don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo: que no era caballero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga. En resolución él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio: y así del poco dormir, y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasia de todo aquello que leia en los libros, así de encantamientos, como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leia, que para él no habia otra historia, mas cierta

en el mundo. Decia él, que el Cid Rui Diaz habia sido muy buen caballero; pero que no tenia que ver con el caballero de la Ardiente Espada, que de solo un revés habia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles habia muerto á Roldan el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, quando ahogó á Anteón el hijo de la Tierra entre los brazos. Decia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reynáldos de Montalvan, y mas quando le veia salir de su castillo, y robar quantos topaba, y quando en Allende robó aquel idolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia. Die-ra él, por dar una mano de coces al traydor de Galalon, al Ama que tenia, y aun á su Sobrina de añadidura. En efeto rematado ya su juicio, vino á dar en el mas extraño pensamiento, que jamas dió loco en el mundo, y fué que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra, como para el servicio de su República hacerse caballero andante, y irse

por todo el mundo con sus armas y caballo, á buscar las aventuras, y á exercitarse en todo aquello que él habia leído, que los caballeros andantes se exercitaban, deshaciendo todo género de agravio; y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo ménos del Imperio de Trapisonda: y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dió priesa á poner en efeto lo que deseaba. Y lo primero que hizo, fué limpiar unas armas, que habian sido de sus bisabuelos, que tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaxe, sino morrion simple; mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encaxada con el morrion, hacia una apariencia de celada entera. Es verdad, que para probar si era fuerte, y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada, y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que ha-



Don y Antonio Gomboso en un momento.

Remedio contra la guerra.

bia hecho en una semana : y no dexó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos, y por asegurarse deste peligro, la tornó á hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaxe. Fué luego á ver á su rocin, y aunque tenia mas quartos que un real, y mas tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pel- lis, et ossa fuit*, le pareció, que ni el Bucéfalo de Alexandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Quatro dias se le pasaron en imaginar que nombre le pondria: porque (segun se decia él á sí mismo) no era razon, que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido, y así procuraba acomodársele, de manera que declarase quien habia sido, ántes que fuese de caballero andante, y lo que era entónces: pues estaba muy puesto en razon, que mudando su señor estado, mudase él tambien el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenia á la nueva órden, y al nuevo exercicio que ya profesaba: y así despues de muchos nombres

que formó, borró y quitó, añadió, des- hizo y tornó á hacer en su memoria é imaginacion, al fin le vino á llamar *ROCINANTE*, nombre á su parecer, alto, so- noro y significativo de lo que habia sido quando fué rocin, ántes de lo que ahora era, que era ántes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre, y tan á su gusto, á su caballo, quiso ponerse á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino á llamar *DON QUIXOTE*: de donde, como queda dicho, tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se debia llamar *Quixada*, y no *Quesada*, como otros quisieron decir. Pero acordándose, que el valeroso Amadis no solo se habia contentado con llamarse Amadis á secas, sino que añadió el nombre de su reyno y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse *DON QUIXOTE DE LA MANCHA*, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linage y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmandose á sí mismo, se dió á enten-

der, que no le faltaba otra cosa, sino buscar una dama de quien enamorarse; por- que el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: si yo por malos de mis pe- cados, ó por mi buena suerte me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordina- rio les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le ven- zo y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviarle presentado, y que entre, y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: yo ^s, señora, soy el gigante Caraculibro, se- ñor de la insula Malindrania, á quien ven- ción en singular batalla el jamas como se debe alabado caballero Don Quixote de la Mancha, el qual me mandó, que me presentase ante la Vuestra Merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante? ¡Ó como se holgó nuestro buen caballero, quando hubo hecho este discurso, y mas quando halló á quien dar nombre de su dama! Y fué, á lo que se cree, que en un Lugar cerca del suyo ha- bia una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamo- rado, aunque segun se entiende, ella jamas

lo supo, ni se dió cata dello. Llamábase Al- donza Lorenzo, y á esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensa- mientos: y buscándole nombre que no des- dixese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de Princesa y gran Señora, vino á llamarla *DULCINEA DEL TOBOSO*, porque era natural del Toboso: nombre á su parecer músico y peregrino y sig- nificativo como todos los demas, que á él y á sus cosas habia puesto.

CAPÍTULO II.

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quixote.

Hechas pues estas prevenciones, no quiso aguardar mas tiempo á poner en efe- to su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así sin dar parte á persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viese, una mañana ántes del dia (que era uno de los calurosos del mes de Julio) se armó de todas sus

armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adar- ga, tomó su lanza, y por la puerta fal- sa de un corral, salió al campo con gran- disimo contento y alborozo de ver con quanta facilidad habia dado principio á su buen deseo. Mas apenas se vió en el cam- po, quando le asaltó un pensamiento ter- rible, y tal que por poco le hiciera dexar la comenzada empresa: y fué, que le vi- no á la memoria, que no era armado caba- llero, y que conforme á la ley de la caba- llería, ni podia, ni debia tomar armas con ningun caballero: y puesto que lo fuera, habia de llevar armas blancas, como no- vel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hiciéron titubear en su propósito: mas pudiendo mas su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, á imitacion de otros muchos que así lo hicie- ron, segun él habia leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas pen- saba limpiarlas de manera, en teniendo lu- gar, que lo fuesen mas que un armiño: y con esto se quietó, y prosiguió su camino, sin llevar otro que el que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza

de las aventuras. Yendo pues caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo, y diciendo: ¿quien duda, sino que en los venideros tiempos, quando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga, quando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apenas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados paxarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada Aurora, que dexando la blanda cama del zeloso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, quando el famoso caballero Don Quixote de la Mancha, dexando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido Campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba), y añadió diciendo: dichosa edad, y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Ó tú,

sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar, el ser coronista desta peregrina historia! ruégote, que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreteras. Luego volvia diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: ¡ó Princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazon! mucho agravio me habédes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membráros deste vuestro sujeto corazon, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en quanto podia su language: y con esto caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos si algunos tuviera. Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo qual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego, con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen, que la primera aventura que le avino fué la del puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo

he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre: y que mirando á todas partes, por ver, si descubriría algun castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió no léjos del camino por donde iba, una venta que fué como si viera una estrella que á los portales, si no á los alcázares de su redencion le encaminaba: Dióse priesa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecía. Estaban acaso á la puerta dos mugéres mozas, destas que llaman *del partido*, las quales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada: y como á nuestro aventurero, todo quanto pensaba, veía ó imaginaba, le parecía ser hecho, y pasar al modo de lo que habia leído, luego que vió la venta, se le representó que era un castillo con sus quatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuése llegando á la venta (que á él le parecia castillo) y á poco trecho della

detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun enano se pusiese entre las almenas, á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa por llegar á la caballeriza, se llegó á la puerta de la venta, y vió á las dos destraidas mozas que allí estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas, ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso, que un porquero que andaba recogiendo de unos rastros una manada de puercos, (que sin perdón así se llaman) tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á Don Quixote lo que deseaba, que era, que algun enano hacia señal de su venida: y así con extraño contento llegó á la venta y á las damas: las quales, como viéron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta; pero Don Quixote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelón, y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dixo: non fuyan las Vuestras Mercedes, nin teman desaguizado alguno, ca á la ór-

den de caballería que profeso, non toca ni atañe facerle á ninguno, quanto mas á tan altas doncellas, como vuestras presencias demuestran. Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubria: mas como se oyéron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la risa, y fué de manera que Don Quixote vino á correrse, y á decirles: bien parece la medida en las hermosas, y es mucha sandez ademas la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo, porque os acuitédes, ni mostrédes mal talante, que el mio non es de al que de serviros. El lenguaje no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y pasara muy adelante, si á aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el qual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento. Mas en efeto, teniendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dixo: si Vuestra Merced, señor caba-

llero, busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no hay ninguno) todo lo demas se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo Don Quixote la humildad del Alcayde de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la venta) respondió: para mí, señor Castellano, qualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear &c. Pensó el huésped que el haberle llamado Castellano habia sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era Andaluz y de los de la playa de San Lúcar, no ménos ladron que Caco, ni ménos maleante que estudiante ó page. Y así le respondió: segun eso, las camas de Vuestra Merced serán duras peñas, y su dormir siempre velar: y siendo así, bien se puede apearse con seguridad de hallar en esta choza ocasion y ocasiones para no dormir en todo un año, quanto mas en una noche. Y diciendo esto, fué á tener del estribo á Don Quixote, el qual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel dia no se habia desayunado. Dixo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comia pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como

Don Quixote decia, ni aun la mitad: y acomodándole en la caballeriza, volvió á ver lo que su huésped mandaba, al qual estaban desarmando las doncellas (que ya se habían reconciliado con él) las quales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamas supieron ni pudieron descajarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada que traia atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera: y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la mas graciosa y extraña figura que se pudiera pensar: y al desarmarle (como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo) les dixo con mucho donayre:

*Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera Don Quixote
quando de su aldea vino.
Doncellas curaban dél,
Princesas de su Rocino.*

ÓRocinante, que este es el nombre, señoras mias, de mi caballo, y Don Quixote de la Mancha el mio: que puesto que no

quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa que sepais mi nombre ántes de toda sazón: pero tiempo vendrá en que las Vuestras Señorías me manden, y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de servirlos. Las mozas, que no estaban hechas á oír semejantes retóricas, no respondian palabra; solo le preguntaron si queria comer alguna cosa. Qualquiera yantaria yo, respondió Don Quixote, porque á lo que entiendo me haria mucho al caso. Á dicha acertó á ser viérnes aquel dia, y no habia en toda la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comeria su merced truchuela, que no habia otro pescado que darle á comer. Como haya muchas truchuelas, respondió Don Quixote, podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos, que una pieza de á ocho. Quanto mas que podría ser que fuesen éstas truchuelas como la ternera, que es mejor que

la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta por el fresco, y trúxole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas: pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenía puesta la celada, y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daba y ponía, y así una de aquellas señoras servía deste menester: mas al darle de beber no fué posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino: y todo esto lo recibía en paciencia, á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso á la venta un castrador de puercos, y así como llegó sonó su silbato de cañas quatro ó cinco veces, con lo qual acabó de confirmar Don Quixote que estaba en algun famoso castillo, y que le servían con música, y que el abadejo eran truchas, el pan ? candeal, y las ramerás damas, y el ventero Castellano del castillo, y con esto daba

por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que mas le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podria poner legitimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.

CAPÍTULO III.

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quixote en armarse caballero.

Y así fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena, la qual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él diciéndole: no me levantaré jamas de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el qual redundará en alabanza vuestra, y en pro del género humano. El ventero que vió á su huésped á sus pies, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole sin saber que hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamas quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía. No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió Don Quixote: y así os

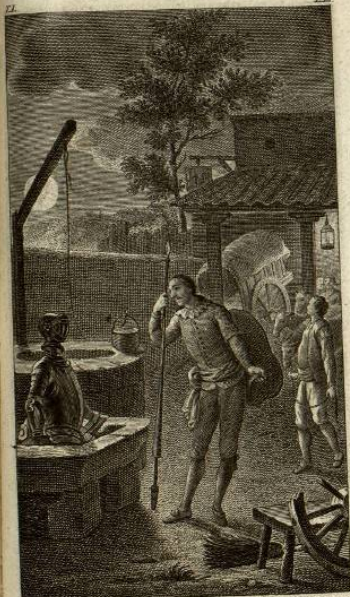
digo, que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel día me habeis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana como tengo dicho se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las quatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos; como está á cargo de la caballería, y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo á semejantes fa-
 zañas es inclinado. El ventero que como está dicho era un poco socarron, y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo quando acabó de oír semejantes razones, y por tener que reir aquella noche, determinó de seguirle el humor: y así le dixo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedia, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía, y como su gallarda presencia mostraba, y que él ansimesmo en los años de su mocedad se había dado á aquel honroso exercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dexado los percheles de Málaga, islas de Riaran, com-

pas de Sevilla, azoguejo de Segovia, la olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de San Lúcar, potro de Córdoba, y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes donde había exercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, requestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando á muchos pupilos, y finalmente dándose á conocer por quantas audiencias y tribunales hay casi en toda España: y que á lo último se había venido á recoger á aquel su castillo, donde vivia con su hacienda, y con las agenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de qualquiera calidad y condicion que fuesen, solo por la mucha aficion que les tenía, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Dixo tambien que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero en caso de necesidad, él sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo, que á la mañana, siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pu-

diese ser mas en el mundo. Preguntóle si traia dineros : respondió Don Quixote que no traia blanca, porque él nunca habia leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dixo el ventero que se engañaba, que puesto caso que en las historias no se escribía, por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se habia de creer que no los truxéron : y así tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros están llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas, y una arqueta pequeña llena de unguentos para curar las heridas que recibían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos habia quien los curase, si ya no era que tenían algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria trayendo por el ayre en alguna nube alguna doncella ó enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, co-

mo si mal alguno no hubiesen tenido : mas que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y unguentos para curarse : y quando sucedía, que los tales caballeros no tenían escuderos (que eran pocas y raras veces) ellos mesmos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles que casi no se parecían, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de mas importancia : porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes : y por esto le daba por consejo (pues aun se lo podia mandar como á su ahijado que tan presto lo habia de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que veria quan bien se hallaba con ellas, quando ménos se pensase. Prometióle Don Quixote de hacer lo que se le aconsejaba, con toda puntualidad : y así se dió luego órden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta estaba, y recogióndolas Don Quixote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga, asió de su lanza, y con

gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila, y quando comenzó el paseo, comenzaba á cerrar la noche. Contó el ventero á todos quantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas, y la armazon de caballería que esperaba. Admiráronse de tan extraño género de locura, y fuéronse á mirar desde léjos, y viéron que con sosegado ademan unas veces se paseaba, otras arrimado á su lanza; ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podia competir con el que se la prestaba, de manera que quanto el novel caballero hacia era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta, ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de Don Quixote, que estaban sobre la pila, el qual viéndole llegar, en voz alta le dixo: ó tú quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del mas valeroso andante que jamas se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dexar la vida en pago de tu atrevimiento. No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, por que fuera curarse en salud)



Leidro y Antonio Casanoves la dibuó. Paul Montaner la Gravó en Madrid 1781

antes trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo qual visto por Don Quixote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que pareció) en su señora Dulcinea, dixo: acorredme señora mia, en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo: y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan mal trecho, que si segundara con otro no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas, y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que habia pasado (porque aun estaba aturrido el arriero) llegó otro con la mesma intencion de dar agua á sus mulos, y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar Don Quixote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos, hizo mas de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por quatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto

Don Quixote, abrazó su adarga, y puesta mano á su espada, dixo: ó señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mio, ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero que tamaña aventura está atendiendo. Con esto cobró á su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atras. Los compañeros de los heridos que tales los viéron, comenzaron desde léjos á llover piedras sobre Don Quixote, el qual lo mejor que podia se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dexasen, porque ya les habia dicho como era loco, y que por loco se libraria, aunque los matase á todos. Tambien Don Quixote las daba mayores llamándolos de alevosos y traydores, y que el señor del castillo era un follon y mal nacido caballero, pues de tal manera consentia que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recebido la orden de caballería, que él le diera á entender su alevosía; pero de vosotros, soez y baxa canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid, ofendedme en quanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que lle-

vais de vuestra sandez y demasia. Decia esto con tanto brio y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian: y así por esto, como por las persuasiones del ventero le dexaron de tirar, y él dexó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego, ántes que otra desgracia sucediese: y así llegándose á él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baxa con él habia usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Dixo-le como ya le habia dicho, que en aquel castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria: que todo el toque de quedar armado caballero consistia en la pescozada y en el espaldarazo, segun él tenia noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer: y que ya habia cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia, quanto mas que él habia estado mas de quatro. Todo se lo creyó Don Quixote, y dixo que él estaba

allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dexar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, á quien por su respeto dexaria. Advertido y medroso desto el Castellano, truxo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traia un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde Don Quixote estaba; al qual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual como que decia alguna devota oracion, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un buen 1.º golpe, y tras él con su mesma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes como que rezaba. Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñesen la espada, la qual lo hizo con mucha desenvoltura y discrecion, porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habian visto del novel caballero les tenia la risa á raya. Al ceñirle la espada, dixo la buena señora: Dios haga á Vuestra Merced muy venturoso caballero, y le dé ven-

tura en lides. Don Quixote le preguntó como se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quien quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad, que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendon natural de Toledo que vivia á las tendillas de Sanchobienaya, y que donde quiera que ella estuviere le serviria y le tendria por señor. Don Quixote le replicó, que por su amor le hiciese merced que de allí adelante se pusiese Don, y se llamase Doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la qual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dixo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera: á la qual tambien rogó Don Quixote que se pusiese Don, y se llamase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas pues de galope y apriesa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora Don Quixote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras: y ensillando luego á Rocinante, subió en él, y abrazando á su huésped, le dixo cosas

tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero por verle ya fuera de la venta, con no ménos retóricas, aunque con mas breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dexó ir á la buena hora.

CAPÍTULO IV.

De lo que le sucedió á nuestro caballero quando salió de la venta.

La del Alba seria, quando Don Quixote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado, por verse ya armado caballero, que el gozo le reyentaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias, que habia de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa, y acomodarse de todo, y de un escudero, haciendo cuenta de recibir á un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderial de la caballería. Con este pensamiento guió á Rocinante hácia su aldea, el qual casi cono-

ciendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecia que no ponía los pies en el suelo. No habia andado mucho, quando le pareció, que á su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salian unas voces delicadas como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oido, quando dixo: gracias doy al Cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos: estas voces sin duda son de algun menesteroso ó menesterosa que ha menester mi favor y ayuda: y volviendo las riendas, encaminó á Rocinante hácia donde le pareció que las voces salian. Y á pocos pasos que entró por el bosque, vió atada una yegua á una encina, y atado en otra un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa; porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprehension y consejo, porque decia: la lengua queda, y los ojos listos. Y el muchacho respondia: no lo haré otra vez, señor

mio: por la pasion de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante mas cuidado con el ható. Y viendo Don Quixote lo que pasaba, con voz airada dixo: descortes caballero, mal parece tomáros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza (que tambien tenia una lanza arimada á la encina, adonde estaba arrendada la yegua) que yo os haré conocer, ser de cobardes lo que estais haciendo. El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiéndolo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un mi criado que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el qual es tan descuidado que cada dia me falta una, y porque castigo su descuido ó bellaqueria, dice que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente. ¿Miente, delante de mí, ruin villano? dixo Don Quixote. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza: pagalde luego sin mas réplica, si no, por el Dios que nos rige, que os con-

cluya y aniquile en este punto: desataldo luego. El labrador baxó la cabeza, y sin responder palabra, desató su criado: al qual preguntó Don Quixote que quanto le debía su amo. Él dixo que nueve meses á siete reales cada mes. Hizo la cuenta Don Quixote, y halló que montaban sesenta y tres reales, y díxole al labrador que al momento los desembolsase, si no queria morir por ello. Respondió el medroso villano que por el paso en que estaba, y juramento que habia hecho (y aun no habia jurado nada) que no eran tantos; porque se le habian de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le habia dado, y un real de dos sangrías que le habian hecho estando enfermo. Bien está todo eso, replicó Don Quixote, pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habeis dado, que si el rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habeis rompido el de su cuerpo, y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habeis sacado: así que por esta parte no os debe nada. El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: vengase Andres conmigo á mi casa, que yo se lo pagaré un

c ij

real sobre otro. ¿Irme yo con él, dixo el muchacho, mas? ¿mal año! no señor, ni por pienso, porque en viéndose solo me desollará como á un San Bartolomé. No hará tal, replicó Don Quixote, basta que yo se lo mande para que me tenga respeto, y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, le dexaré ir libre, y aseguraré la paga. Mire Vuestra Merced, señor, lo que dice, dixo el muchacho, que este mi amo no es caballero, ni ha recibido orden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar. Importa poco eso, respondió Don Quixote, que Haldudos puede haber caballeros, quanto mas, que cada uno es hijo de sus obras. Así es verdad, dixo Andres, ¿pero este mi amo de que obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo? No niego, hermano Andres, respondió el labrador, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo, de pagáros como tengo dicho, un real sobre otro, y aun sahumados. Del sahumero os hago gracia, dixo Don Quixote, dádselos en reales, que con eso me contento: y mirad que lo cumplais como lo habeis jurado: si no, por el mismo ju-

ramento os juro de volver á buscáros y á castigáros, y que os tengo de hallar aunque os escondais mas que una lagartija. Y si quereis saber quien os manda esto, para quedar con mas veras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso Don Quixote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones, y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, sopena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y quando vió que habia traspuesto del bosque y que ya no parecia, volvióse á su criado Andres, y dixo: venid acá, hijo mio, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dexó mandado. Eso juro yo, dixo Andres, y como que andará Vuestra Merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que segun es de valeroso y de buen juez, vive Roque, que si no me paga, que vuelva y execute lo que dixo. Tambien lo juro yo, dixo el labrador; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga. Y asiéndole del brazo, le tornó á atar á la encina, donde le dió

tantos azotes que le dexó por muerto. Llamad, señor Andres, ahora, decia el labrador, al desfaceador de agravios, veréis como no desface aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temades: pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez, para que executase la pronunciada sentencia. Andres se partió algo mohino, jurando de ir á buscar al valeroso Don Quixote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que habia pasado, y que se lo habia de pagar con las setenas; pero con todo esto él se partió llorando, y su amo se quedó riendo: y desta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quixote, el qual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que habia dado felicísimo y alto principio á sus caballerías, con gran satisfaccion de sí mismo iba caminando hácia su aldea, diciendo á media voz: bien te puedes llamar dichosa sobre quantas hoy viven en la tierra, ó sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad é talante, á un tan valiente y tan nombrado caballero, como lo es y será Don Quixote de la Mancha, el qual, como todo el

mundo sabe, ayer recibió la orden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazon y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano á aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasión vapulaba á aquel delicado infante. En esto llegó á un camino, que en quatro se dividia, y luego se le vino á la imaginacion las encrucijadas, donde los caballeros andantes se ponian á pensar qual camino de aquellos tomarian: y por imitarlos, estuvo un rato quèdo, y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la rienda á Rocinante, dexando á la voluntad del rocin la suya, el qual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió Don Quixote un grande tropel de gente, que como despues se supo, eran unos mercaderes toledanos, que iban á comprar seda á Murcia. Eran seis, y venian con sus quitasoles, con otros quatro criados á caballo, y tres mozos de mulas á pie. Apenas los divisó Don Quixote, quando se imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imitar en todo quanto á él le parecia posible los pasos que habia leido en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer: y

así, con gentil continente y denuedo, se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenía y juzgaba) y quando llegaron á trecho que se pudieron ver y oír, levantó Don Quixote la voz, y con ademan arrogante dixo: todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Paráronse los mercaderes al son de estas razones, y á ver la extraña figura del que las decía: y por la figura y por ellas luego echáron de ver la locura de su dueño; mas quisieron ver despacio en que paraba aquella confesion que se les pedía, y uno de ellos, que era un poco burlon y muy mucho discreto le dixo: señor caballero, nosotros no conocemos quien es esa buena señora que decís, mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significáis ²¹, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicó Don Quixote, ¿que hiciéradés vosotros en confesar una ver-

dad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habeis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender: donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia: que ahora vengais uno á uno, como pide la orden de caballeria, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aqui os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor caballero, replicó el mercader, suplico á Vuestra Merced en nombre de todos estos Principes que aquí estamos que, porque no encarguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamas vista ni oída, y mas siendo tan en perjuicio de las Emperatrices y Reynas del Alcarria y Extremadura, que Vuestra Merced sea servido de mostrarnos algun retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y Vuestra Merced quedará contento y pagado: y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellon y piedra azulre, con todo eso, por complacer á Vuestra Merced, dirémos en su favor todo lo que

quisiere. No le mana, canalla infame, respondió Don Quixote encendido en cólera, no le mana, digo, eso que dices, sino ámba y algalia entre algodones, y no es tuerca ni corcovada, sino mas derecha que un huso de Guadarrama: pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habeis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora. Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baxa contra el que lo habia dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera, que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamas pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y entretanto que pugnaba por levantarse, y no podia, estaba diciendo: non fuyais, gente cobarde, gente cautiva, atended que no por culpa mía, sino de mi caballo estoy aquí tendido. Un mozo de mulas de los que allí venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose á él, tomó la lanza, y des-

pues de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro Don Quixote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera. Dábanle voces sus amos, que no le diese tanto, y que le dexase; pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dexar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera, y acudiendo por los demas trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él ^{le} via, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra y á los malandrines, que tal le parecian. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguiéron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado, el qual despues que se vió solo, tornó á probar si podia levantarse: pero si no lo pudo hacer quando sano y bueno; como lo haria molido y casi deshecho? Y aun se tenia por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuia á la falta de su caballo: y no era posible levantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo.

CAPÍTULO V.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.

Viendo pues que en efeto no podia menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun paso de sus libros, y trúxole su cólera á la memoria aquel de Valdovinos y del Marques de Mantua, quando Carloto le dexó herido en la montaña: historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creida de los viejos, y con todo esto, no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le pareció á él, que le venia de molde para el paso en que se hallaba, y así con muestras de grande sentimiento, se comenzó á volcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento lo mesmo que dicen decia el herido caballero del bosque:

¿Donde estás, señora mia, que no te duele mi mal?

O no lo sabes, señora, ¿quien ó eres falsa y desleal.

Y desta manera fué prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

Ó noble Marques de Mantua, ¿quien es mi tio y señor carnal.

Y quiso la suerte, que quando llegó á este verso, acertó á pasar por allí un labrador de su mesmo Lugar, y vecino suyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino: el qual viendo aquel hombre allí tendido, se llegó á él, y le preguntó que quien era, y que mal sentia, que tan tristemente se quejaba. Don Quixote creyó sin duda que aquel era el Marques de Mantua su tio, y así no le respondió otra cosa sino fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperante con su esposa, todo de la mesma manera que el romance lo canta. El labrador estaba admirado, oyendo aquellos disparates: y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el rostro, que lo tenia lleno de polvo: y apenas le hubo limpiado, quando le conoció y le dixo: señor Quixada (que así se debía de llamar quando él tenia juicio, y no habia pasado de hidalgo sosegado á caballero andante) ¿ quien ha puesto á Vuestra Merced desta suerte? pero él seguia con su romance á quanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espal-

dar, para ver si tenia alguna herida; pero no vio sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballería mas sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al qual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hácia su pueblo, bien pensativo de oír los disparates que Don Quixote decia: y no ménos iba Don Quixote, que de puro molido y quebrantado no se podia tener en el borrico, y de quando en quando daba unos ¹³ suspiros, que los ponía en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase, le dicese que mal sentia: y no parece sino que el diablo le traía á la memoria los cuentos acomodados á sus sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de Valdovinos, se acordó del Moro Abindarráz, quando el Alcayde de Antequera Rodrigo de Narváez le prendió, y llevó cautivo á su Alcaydía. De suerte que quando el labrador le volvió á preguntar como estaba, y que sentia, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondia á Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él habia leído la historia en la Diana

de Jorge de Montemayor, donde se escribe: aprovechándose della tan de propósito, que el labrador se iba dando al diablo de oír tanta máquina de necesidades: por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábale priesa á llegar al pueblo, por excusar el enfado que Don Quixote le causaba con su larga arenga. Al cabo de lo qual dixo: sepa Vuestra Merced, señor Don Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Xarifa que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los mas famosos hechos de caballerías que se han visto, vean, ni verán en el mundo. Á esto respondió el labrador: mire Vuestra Merced, señor pecador de mí! que yo no soy Don Rodrigo de Narváez, ni el Marqués de Mantua, sino Pedro Alonso su vecino, ni Vuestra Merced es Valdovinos, ni Abindarráz, sino el honrado hidalgo del señor Quixada. Yo sé quien soy, respondió Don Quixote, y sé que puedo ser no solo los que he dicho, sino todos los doce Países de Francia, y aun todos los nueve de la fama, pues á todas las hazañas, que ellos todos juntos y cada uno de por sí hicieron, se aventajarán las mias. En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al Lugar á la hora

que anochecía ; pero el labrador aguardó á que fuese algo mas noche , porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada pues la hora que le pareció, entró en el pueblo , y en casa de Don Quixote, la qual halló toda alborotada , y estaba en ella el Cura y el Barbero del Lugar, que eran grandes amigos de Don Quixote, que estaba diciéndoles su Ama á voces : ¿ que le parece á Vuestra Merced, señor Licenciado Pero Perez (que así se llamaba el Cura) de la desgracia de mi señor ? Seis dias ha que no parece él , ni el rocín , ni la adarga , ni la lanza , ni las armas . ¡ Desventurada de mí ! que me doy á entender , y así es ello la verdad , como nací para morir , que estos malditos libros de caballerías que él tiene , y suele leer tan de ordinario , le han vuelto el juicio : que ahora me acuerdo , haberle oido decir muchas veces , hablando entre sí , que queria ser caballero andante , é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanas y á Barrabas tales libros, que así han echado á perder el mas delicado entendimiento que habia en toda la Mancha. La Sobrina decia lo mesmo , y aun decia mas : sepa , señor Maese Nicolas (que este era el nombre del Barbero) que mu-

chas veces le aconteció á mi señor tio , estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches , al cabo de los quales arrojaba el libro de las manos , y ponía mano á la espada , y andaba á cuchilladas con las paredes , y quando estaba muy cansado , decia que habia muerto á quatro gigantes como quatro torres , y el sudor que sudaba del cansancio, decia que era sangre de las heridas que habia recebido en la batalla , y bebiase luego un gran jarro de agua fria , y quedaba sano y sosegado , diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le habia traído el sabio Esquife , un grande eucantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo , que no avisé á Vuestras Mercedes de los disparates de mi señor tio , para que lo remediaran ántes de llegar á lo que ha llegado , y quemaran todos estos descomulgados libros (que tiene muchos) que bien merecen ser abrasados como si fuesen de hereges. Esto digo yo tambien , dixo el Cura , y á fe que no se pase el dia de mañana , sin que dellos no se haga acto público , y sean condenados al fuego , porque no dén ocasion á quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. Todo esto estaban oyendo el

labrador y Don Quixote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y así comenzó á decir á voces: abran Vuestras Mercedes al señor Valdovinos, y al señor Marques de Mantua, que viene mal ferido, y al señor Moro Abindarráez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, Alcayde de Antequera. Á estas voces salieron todos, y como conocieron, los unos á su amigo, las otras á su amo y tío, que aun no se habia apeado del jumento porque no podia, corrieron á abrazarle. El dixo: ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese, si fuere posible, á la sabia Urganda que cure y cate de mis heridas. Mira, en hora mala, dixo á este punto el Ama, si me decia á mí bien mi corazon del pie que coxeaba mi señor. Suba Vuestra Merced en buen hora, que sin que venga esa¹⁴ urgada, le sabremos aquí curar. Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías que tal han parado á Vuestra Merced. Lleváronle luego á la cama, y catándole las heridas, no le hallaron ninguna, y él dixo que todo era morlimiento, por haber dado una gran caída con Rocinante su caballo, combatiéndose

con diez jayanes, los mas desafortados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dixo el Cura: ¿jayanes hay en la danza? Para mi santiaguada, que yo los quemé mañana ántes que llegue la noche. Hiciéronle á Don Quixote mil preguntas y á ninguna quiso responder otra cosa, sino que le diesen de comer, y le dexasen dormir, que era lo que mas le importaba. Hizose así, y el Cura se informó muy á la larga del labrador, del modo que habia hallado á Don Quixote. Él se lo contó todo con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fué poner mas deseo en el Licenciado de hacer lo que otro día hizo; que fué llamar á su amigo el Barbero Maese Nicolas; con el qual se vino á casa de Don Quixote.

CAPÍTULO VI.

Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

El qual aun todavía dormia. Pidió las llaves á la Sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana: entraron